

## APOFIS

Siempre recordaré aquel día. 13 de abril de 2029. Sí, ese en el que los agoreros del fin del mundo pronosticaban que el asteroide Apofis iba a chocar contra La Tierra. Los conspiranoicos y periodistas, acostumbrados al clickbait, dieron la matraca durante meses. La realidad es que iba a pasar a 32.000 kilómetros. Los científicos lo dejaron bien claro. Que sí, que era muy cerca, menos incluso que la órbita geoestacionaria, pero no había ningún peligro real.

Pero ocurrió un pequeño detalle que cambió las cosas. A ver, que yo no soy escritor sino ingeniero aeronáutico, así que procederé a explicar lo que ocurrió durante esos aciagos días con cierto orden, espero.

Nadie se acordó de la sonda OSIRIS-REX. Aquella que trajo de vuelta a La Tierra unos gramos del asteroide Bennu, allá por septiembre del 23. Pues bien, su misión no había acabado el día en que la cápsula aterrizó. La misión secundaria, rebautizada como OSIRIS-APEX, tenía como objetivo orbitar el asteroide Apofis justo después del paso por nuestro planeta, con objeto de estudiarlo en detalle. Y vaya si lo estudió con detalle.

No se sabe quién pudo errar al introducir los comandos de la fecha para insertarse en la órbita del asteroide —seguramente algún becario de Lockheed Martin con un mal día—, ni tampoco quién intentó cambiar más tarde sus parámetros cuando se dieron cuenta del fatídico error. Pero cuando hay prisas y nerviosismo ya se sabe que los norteamericanos son muy de cagarla con el software y confundir el sistema métrico internacional con su sistema imperial de medidas. El caso es que la inserción orbital de la sonda OSIRIS-APEX ocurrió el 21 de marzo, justo un mes antes de lo previsto originalmente. Vaya desastre. Y claro, al no ir con la velocidad adecuada ni la

trayectoria correcta, su acoplamiento orbital se produjo de manera caótica, por lo que la sonda impactó de lleno contra el asteroide con tan mala suerte que modificó la trayectoria durante su acercamiento.

Cuando Apofis cayó en el planeta fue horrible. Esta vez no fue en Arkansas, o Illinois, como suele ser habitual en las películas, sino en Ucrania, acabando la guerra de un plumazo. Lo que son las cosas. Y por extensión, ya puestos, las guerras en todo el mundo. Y vosotros os preguntaréis, ¿qué hago yo relatando todo esto cuando La Tierra se ha ido al carajo? ¿Por qué he sobrevivido?

Me presento. Soy Pablo Álvarez, astronauta de la ESA y estoy en la Estación Espacial Internacional. Somos, creo, los últimos supervivientes de la humanidad. Lo cierto es que ver impactar el asteroide desde el espacio fue un espectáculo. Lástima que fuera real y precisamente nuestro planeta. Aquel día lloramos como niños. Ahora, orbitando el planeta, lo único que vemos son ciudades arrasadas y bosques en llamas. Pronto habrá un invierno nuclear. Hemos perdido el contacto con el centro de control en Houston. No recibimos respuesta.

Esto pinta muy mal, la verdad. Nos queda oxígeno y víveres para pocas semanas, pero para qué alargar la agonía. Nuestros seres queridos han perecido allí abajo y ya no hay ninguna razón para sobrevivir más tiempo. Vemos a través de la cúpula acristalada de la ISS la destrucción de su superficie y nos sentimos impotentes por no poder hacer nada desde aquí. Tenemos claro que si algo sobrevive ahí abajo serán las cucarachas. O los tardígrados, quién sabe.

Estoy escribiendo la crónica de voz en un disco duro de lo que son los últimos momentos del ser humano. Mis compañeros, por su parte, están haciendo un archivo digital de nuestra civilización. Algo así como el disco de oro de las Voyager. Será

introducido en una cápsula del tiempo y posteriormente lanzado en una nanosonda desde el puerto Harmony de la ISS, con la esperanza de que algún día una civilización inteligente la encuentre y vea lo ineptos que hemos llegado a ser.

Por nuestra parte solo nos queda romper entre nuestros dientes la cápsula de veneno que nos dan a los astronautas cuando subimos al espacio. Para la ocasión he abierto el último loncheado de jamón ibérico que me quedaba. «Tú sí que sabes», me han dicho los compañeros. Les he dedicado media sonrisa y nos hemos abrazado todos. Hemos compartido aquí arriba grandes momentos. La somnolencia tardará en aparecer y después nos acurrucaremos en nuestros sacos de dormir para tener un último momento de intimidad.

Yo por mi parte abriré mi maletín de objetos personales. Me relaja volver a acariciarlos una vez más. Una bandera de España, exquisitamente doblada. A su lado una tarjeta plastificada de divulgador astronómico de la FAAE, fotografías de mis seres queridos, un libro titulado “La cruz del sur” y el carnet de la Cultural Leonesa. Estas son mis últimas palabras. Después dormiremos eternamente.

Adiós, humanidad.

RLC1974